

V. Blasco Ibáñez  
*La Novena Sinfonía*  
(*El Pueblo*, 27-5-1903)

El sábado verificose en Madrid una gran solemnidad artística, de la que apenas se enteró el vecindario. La Sociedad de Conciertos, bajo la dirección del eminente maestro alemán Emilio Paur, ejecutó la novena sinfonía de Beethoven en el teatro Lírico, con menos de media entrada.

En Madrid hay gente para todo. Llueve en días de toros y la plaza se llena de gente, aun sabiendo que puede perder a las primeras gotas el dinero de la entrada; para penetrar en Apolo, templo del género chico, hay que comprar la entrada a los revendedores, pues la taquilla se cierra per exceso de público; en los cafés cantantes, donde antes se cantaba la *pulga* y ahora se baila el *cake walk*, hay que tomar turno: en cambio el gran Zacconi, el primero de los actores europeos trabaja para las butacas vacías, y la sociedad de conciertos habla de disolverse después de dirigir un manifiesto a la nación echándola en cara su incultura.

El rey va a los toros o prepara corridas de automóviles, y la aristocracia que por acaparar el dinero debía ser la principal fuerza protectora del arte, asiste a las fiestas de los jesuitas, y cuando siente el deseo de expansionarse, va de tapadillo a aquellos teatros donde las mujeres se exhiben de corto y mueven las caderas al compás de la música.

Esto no revela incultura original en el país: es sencillamente un efecto de la reacción en que vivimos.

Hace años la gente asistía a la ópera y los conciertos y amaba la literatura dramática; se sentía en Madrid y en provincias la afición a la música, los versos hermosos y los libros; el público se apasionaba por los artistas; se llenaban los teatros; es verdad que se hablaba de Lagartijo y Frascuelo pero no se hablaba menos de Gayarre, Calero, Vico y Echegaray; se daban banquetes apoteosis a Pérez Galdós y cuando se exponían cuadros de pintores tal vez menos notables que los que hoy brillan, corrían todos a contemplarlos. Había pasión, se entablaban polémicas, la crítica apasionaba al público: hoy el arte se desarrolla como una planta parásita en el silencio de una sociedad en

ruinas sobre la cual revolotean los cuervos de las órdenes religiosas, únicos seres que realmente tienen vida.

Donde no hay libertad; donde no late el santo espíritu de rebelión y el hombre se conforma con la estúpida dulzura que proporciona la carencia de voluntad, se extingue el amor al arte y todos son ciegos y sordos para la religión de la Belleza. Mientras vibró en España el estallido vivificante de la revolución de Septiembre, cuyas últimas ondulaciones se prolongaron hasta bien entrada la Restauración, hubo en España amor y respeto al arte. Aquella conmoción que sacó a flote en plena juventud todos los grandes artistas que hoy nos quedan como gloriosos veteranos, se sobrevivió prolongando su influencia hasta nuestra época; pero la falta de un nuevo empuje se ha extinguido y de nuevo cae la noche sobre este país como en las épocas en que vivíamos aislados por el Santo Oficio del resto del mundo. No es preciso que como en otros siglos tomen asiento los frailes en las aduanas para revisar los libros que llegan de fuera. Los libros entran libremente, pero nadie los lee: las grandes concepciones del pensamiento moderno aparecen en los escenarios y nadie las oye; las sublimes obras de los grandes artistas no despiertan curiosidad. Es innecesario apelar a los procedimientos coercitivos de otros tiempos; basta con apoderarse de la educación nacional y crear una generación de ignorantes, faltos de esa curiosidad que separa al hombre de la bestia y le lleva a buscar incesantemente la verdad y la belleza. De este modo se ha conseguido aislar sin violencias ni prohibiciones todo un pueblo del resto del mundo.

Parece imposible que en una ciudad tan grande como Madrid no existan dos mil personas que sientan la curiosidad de conocer la Novena Sinfonía de Beethoven, la más portentosa de sus obras; y sin embargo, así se demostró el pasado sábado para vergüenza de la capital de España. Desde 1882 no se había dado a conocer esta obra en Madrid: toda una generación la ignora, y la gente que es capaz de ir a bofetadas por asistir al estreno de una pieza en un acto, fruto de la inspiración de catorce autores, no se movió de casa para saborear la última sinfonía del gran Beethoven.

Hermosas son todas las obras de este genio que fue el padre más ilustre y más fecundo de la música, pero entre ellas ningunas tan conmovedoras como las de su época postrera, cuando completamente sordo, escribía para oídos ajenos lo que jamás podría él escuchar.

Parece como que Beethoven, aislado del mundo por su sordera, se reconcentró en sí mismo, escuchando con más intensidad los cantos misteriosos que sonaban sin voz en su imaginación; acompañándole en los paseos solitarios por los alrededores de Viena cuando comenzaba a iniciarse el crepúsculo de su vida.

Jamás genio humano ha contemplado la muerte de frente como Beethoven ni ha saludado su proximidad con frases de tan dulce melancolía.

Su resignación de filósofo y de artista ante el inevitable fin de la vida, es más grande y más serena que la resignación cristiana. Su último cuarteto con el famoso largo que no puede oírse sin lágrimas en los ojos, pues en él parece Beethoven saludar a la muerte que le tiende los brazos, encierra todo el pensamiento del gran artista. En el margen de la partitura original, como si no pudiera contener su pensamiento al concebir esta obra casi de ultratumba, escribió esta misteriosa interrogación: «¿Es preciso?».

Era la protesta del genio en plena posesión de su grandeza que se rebelaba a prestar el tributo a la muerte, a entregar al aniquilamiento la llama divina que arde dentro de su cráneo. Y tras breve reflexión, escribió con firmeza más debajo de la pregunta: «Sí, es preciso, es preciso». En tan pocas palabras encerró Beethoven el sombrío problema de nuestra existencia, demostrando ante la muerte esa valerosa resignación que la filosofía sabe inspirar mejor que las religiones.

La *Novena Sinfonía* es de esta época; pertenece al Beethoven sordo, viejo y abandonado, sin familia, casi sin amigos, malhumorado e intratable por su aislamiento, sostenido en la soledad por las impalpables caricias del arte.

Todo el gran público de Viena corrió en 1824 al teatro Cariñán para asistir al estreno de la *Novena Sinfonía*, que fue la obra capital de Beethoven. Los vieneses vieron sobre la escena, hundido en un sillón, al gran maestro, con la melena en desorden sobre su cabeza leonina y vagando bajo el poderoso entrecejo sus ojos profundos, que miraban a todos lados sin comprender. Veía moverse la batuta del director, bajar y subir los arcos de los violines, soplar los músicos en las bocas de metal ¡y no oía nada! El concierto era para él un espectáculo grotesco; su *Novena Sinfonía* un maniquí que se movía sin alma y sin palabras.

Pero el público escuchaba por el maestro, y a la terminación de la segunda parte, que es lo más gracioso que se ha escrito de música, y al ejecutarse el *Adagio*, un dúo de amor en que los instrumentos hablan como hablarían Apolo y Venus, abrazándose entre las nubes sonrosadas del Olimpo, la muchedumbre no pudo contenerse más, y agitando sombreros y pañuelos, se abalanzó hacia el maestro, aclamándolo.

Entonces tuvo el desgraciado genio conciencia de su triunfo, y empujado por los artistas, púsose de pie y saludó, pero llevándose una mano al oído con gesto doloroso, mientras sus ojos se empañaban con lágrimas. ¡Infeliz Beethoven! Su tormento era el de los modernos desheredados que producen todo lo bueno del mundo para no gozar de nada. Creaba la belleza musical para no gustarla nunca.

La *Novena sinfonía* termina con la *Oda a la Alegría* de Schiller, cantada por los coros.

Quien oye por primera vez esta famosa oda siente extrañeza ante la explosión guerrera con que el bajo celebra la Alegría, y que, poco a poco, en la sublimidad del coral, toma una unción religiosa.

—Qué modo tan extraño de cantar a la Alegría tienen los germanos —se dice el espectador.

«¡Cantemos a la Alegría, hermosa centella del cielo!» —exclaman los coros con un arranque que parece hacer vibrar en las manos las espadas.

Y la majestad con que se desarrolla este canto a la Alegría, hace pensar en el gozo de un buen alemán, que se alegra gravemente bajo la parra de la cervecería del *Fausto*, sin soltar la pipa y el enorme *bock*.

Pero cuando se conoce la historia de esta grande obra, se encuentra la explicación de la incoherencia que se nota entre la música y su título.

Schiller, el gran poeta republicano, no escribió ninguna *Oda a la Alegría*. Su obra se titulaba *Oda a la Libertad*, y en ella el dramaturgo de *Los tres bandidos* que fue un precursor del moderno anarquismo, cantaba la más noble de las aspiraciones. Fue a raíz de la Revolución francesa cuando Schiller, que calándose el gorro frigio bailaba en torno del primer árbol de la libertad plantado en Alemania, escribió su famosa oda.

«¡Cantemos a la Libertad, hermosa centella del cielo, hija del Elíseo celeste —dice el poeta—. Penetremos con arrobamiento en su

santuario. Un misterioso poder reúne por fin a aquellos a quienes el mundo y el rango separaban! ¡A la sombra bienhechora de tus alas todos los hombres son hermanos! ¡Todos los seres beben la alegría en el seno de la naturaleza, y los despreciados ayer corren ahora por un camino sembrado de flores! ¡Que millones de seres y el mundo entero se confundan en un mismo abrazo!»...

Beethoven, que fue siempre republicano, puso en música, para final de su novena sinfonía, la *Oda a la Libertad* de Schiller, en 1824.

Era cuando la Santa Alianza, esgrimiendo el sable y el hisopo, aterraba a Europa, pretendiendo sumirla en el sueño después de las convulsiones de la Revolución. Metternich dirigía desde Viena la política continental del despotismo; Fernando VII ahorcaba liberales en España; Luis XVIII los fusilaba en Francia, y los tiranuelos de Italia daban tormentos inquisitoriales a los carbonarios.

Necesitábase la revolucionaria audacia de Beethoven, que se burló siempre de los reyes y de las divisiones honoríficas entre los hombres, para atreverse a cantar la Libertad en plena Viena, capital de la Europa absolutista.

La censura intervino y la palabra *Freiheit* (Libertad) fue sustituida por *Freude* (Alegría), que tenía el mismo valor prosódico.

Por esto el himno a la Libertad, con sus arrogancias guerreras y su unción religiosa, se convirtió en canto a la Alegría, siendo más sublime y belicoso que alegre.

Beethoven conoció dos grandes poetas: Schiller y Goethe. Las estrofas republicanas del primero inspiraron muchas veces su música. Pero el compositor revolucionario, fiero en su aislamiento y rebelde siempre a pisar los palacios de los reyes, murió despreciando a Goethe al verle vestido con la casaca del diplomático, cubierto de condecoraciones e inclinando ante los principillos de Alemania la hermosa cabeza de la que había surgido el doctor Fausto.